

## PARALITICOS DEL ALMA

Por: Hno. Dante Gebel.

Todavía me parece estar viviendo el momento de las tres famosas preguntas de la vida. Todos nos las hicimos alguna vez; o, por lo menos, todos tuvimos alrededor de trece años de edad, y un buen día las tres grandes interrogantes de la vida hacen que cualquier problema de las Naciones Unidas quede a la altura de un juego de niños. Esfuerza tu memoria y recuerda la mañana en que no te gustó lo que viste en el espejo, y entonces... las tres preguntas. Aparecen sin aviso y sin que las esperes, es casi injusto que nuestra tranquila Juventud un día se vea perturbada por tres sencillas interrogantes que determinarán nuestro futuro: "¿A qué me voy a dedicar?" "¿Con quién me voy a casar?" y "¿Para qué DIOS me va a usar?". Trabajo. Matrimonio. Ministerio. Demasiado para una sola mañana. Es posible que te hayas estas preguntas al cumplir tus primeras dos décadas de existencia, o tal vez en la mitad de tu vida, pero inevitablemente has pasado por esa experiencia. A los trece... o a los cincuenta. Y para afrontar esas cuestiones, uno debe tener una estima de sí mismo saludable. Y ese no fue mi caso. Tengo varias preguntas que le haré al SEÑOR cuando llegue al cielo, y ninguna de ellas tiene que ver con lo teológico. Una de ellas es porqué razón tuve que padecer tantos complejos durante mi adolescencia y aunque para algunos le suene a trivialidad, para mí significó, entre otras cosas, no poder responder a ninguna de dichas tres preguntas. Por alguna curiosa razón me costaba horrores engordar y gozar de un peso normal, lo que me transformaba en alguien extremadamente delgado; y si a eso le sumaba una nariz prominente, tenía frente al espejo a un acomplejado con el amor propio hecho trizas.

Nunca olvidaré esos días, y tampoco creo que DIOS me permitirá hacerlo. Hoy puedo saber perfectamente cómo sufren las chicas con exceso de peso, los muchachos con anteojos, los demasiados altos para su edad, los de baja estatura, los de dientes con frenos o los muy delgados como yo. Cuando uno pasa por esas noches de autoestima destrozada, no las olvida con facilidad. Me ha tocado ministrar a personas con más de cuarenta años que viven amarradas a complejos del pasado. Son dueños de un potencial increíble, pero las heridas del pasado (superficiales o profundas) no les han permitido alcanzar la plenitud de sus vidas. Quizás pertenezcas a ese grupo, o conozcas a alguien que sufrió el ser diferente de la mayoría, pero cualquiera que sea tu situación, espera a que te cuenta la historia más inquietante que jamás hayas oído.

### Del Palacio al silencio

Esa mañana pudo haber sido una cualquiera. El niño se despertó en su cuna real y alguien le acercó su biberón real. Tenía cinco años de edad y todos en el enorme palacio decían que sería tan buen mozo como su padre. "Y tan alto como el abuelo", comentaba un cortesano. Era un niño con un futuro prometedor, el hijo del príncipe y nieto del Rey, nada menos. Tenía un gran parecido con Ricky Ricon de Hollywood; todo a sus pies, sólo tenía que pedirlo. Pero esa mañana algo interrumpió el desayuno real de nuestro futuro Rey; una tragedia, algo inesperado. De pronto el palacio se transformó en un caos. Un mensajero con una mala nueva, y después lo impredecible; gritos, estupor y ruidos poco familiares que el niño de cinco años no alcanzaba a comprender.

"¡El Rey y el príncipe han muerto en la Batalla!". El niño no conoce el significado de la noticia, o por lo menos no percibe que su futuro vaya a cambiar de rumbo en los próximos minutos; después de todo, él no tiene por qué saber a qué hora comenzará la cacería de brujas. Nadie jamás le dijo lo que podría suceder si su padre y su abuelo murieran el mismo día; es que esas cosas ni siquiera se comenta... hasta que suceden. Él no entiende que, al morir el Rey, su vida corre un serio peligro, así que no es sorprendente que en medio del alboroto siga jugando con sus juguetes reales. Pero la nodriza entiende algo más sobre reyes, palacios y herederos al trono; así que toma al niño en sus brazos y corre desesperadamente hacia el bosque. El muchachito tiene cinco años y no tiene la culpa de que su padre y su abuelo hayan muerto en una batalla, un niño no merece morir por intereses monárquicos. Pero hubo un error. Un maldito error que el niño no olvidaría por el resto de su vida. La nodriza tropieza y el principito rueda por el piso. Un seco "crack" deja estupefacta a la mujer, y el niño no para de llorar; sus frágiles tobillos están ahora quebrados. Esta no es una historia justa; el mismo día que queda huérfano de padre y abuelo, abandona el palacio y un tropiezo de quien lo transportaba lo transforma en un tullido, un lisiado, un minusválido por el resto de su vida, la historia narra que jamás volvió a caminar y que tuvo que vivir incomunicado en el cautiverio, en un sitio llamado Lodebar, el lugar donde los sueños mueren y los Reyes se transforman en mendigos.

Ahora ha pasado algún tiempo y el niño ya no tiene cinco años, posiblemente tiene trece o diecisiete, tal vez treinta. Y llega la mañana de las famosas tres preguntas de la vida: trabajo, matrimonio, ministerio. Pero tampoco le gusta lo que ve en el espejo, y alguien le susurra en el oído que "carece de méritos para responder a las tres interrogantes. No califica" El apenas si podía imaginarlo, estaba minusválido porque alguien lo había dejado caer. Su vida social estaba dañada; pudo haber sido un Rey que con sólo chasquear sus dedos habría tenido un harén a su alrededor, pero era parálítico... de los pies y del alma. Se llamaba Mefí Bosset.

El relato nos sorprende porque posiblemente todos tenemos una historia triste para contar. Nuestra vida marcha correctamente hasta que un día, sin anunciarse y sin previo aviso, algo nos quiebra los tobillos y pretende cambiar el rumbo de nuestra vida. La niña descubre que ya no puede sonreír cuando su padrastro se aprovecha de su infancia y le roba lo más preciado que una mujer puede tener; un muchacho siente que su corazón se destroza cuando su prometida lo abandona como si sus sentimientos fueran un juego de naipes; un hombre descubre que su socio lo está estafando sin importarle todos los proyectos que tenían en común; una dama descubre que su esposo la engaña desde hace tres años con una mujer más joven; una novia se siente morir cuando su prometido pretende manosearla; "Crac". Es el sonido denominador común de todos los casos. Alguien de pronto nos hace caer dejándonos tullidos del corazón, parálíticos del alma.

Sin duda lo más doloroso es que en ocasiones las personas de quien más dependíamos son las que nos dejaron rodar por el piso. De pronto la frase de una madre exasperada por los nervios nos sentencia en nuestra adolescencia: "¡Nunca cabiarás! ... ¡Inútil!... ¡Torpe!... ¡Tú no eres como tu hermano!"; palabras que nos quiebran los tobillos dejándonos a la vera del camino. Parecen frases inofensivas y hasta justificadas, pero nos marcan a fuego y en ocasiones pretenden determinar nuestro futuro.

Recuerdo que dibujaba una sonrisa cuando alguno de mis hermanos comentaba: "Dante será cada vez

más flaco", y hasta soltaba una carcajada cuando el profesor de Educación Física se burlaba de mis piernas endebles para los deportes; y también supe disimular cuando un líder me señaló con su largo dedo índice y sentenció : "Nunca DIOS te utilizará, ÉL no usa a los rebeldes", pero por dentro sentía que esos "crack" intentaban arrancarme del palacio y transformarme en mendigo.

Claro que mi historia, como la de Mefi Bosset, no tiene un mal final. La Biblia narra en 2 Samuel 9 que una tarde, el Rey David (que había relevado en el trono a Saúl) pregunta si acaso existe alguien de la antigua monarquía, de la casa de Saúl, que pudiese estar vivo, ya que el rey desea cumplir un viejo pacto hecho con su difunto amigo Jonatán. Alguien cercano al trono, llamado Siba, le comunica al Rey David, que, efectivamente, en Lodebar se encuentra el hijo de Jonatán, el nieto de Saúl, alguien a quien le correspondía el palacio... pero que vivía en el cautiverio. Y entonces ocurre lo impredecible, el Rey quiere que busquen a Mefi Bosset y lo traigan a su mesa. David desea devolverle su condición de príncipe.

Ese día siempre llega para los minusválidos del alma. El vocero del Rey interrumpe un día en tu Lodebar, desenrolla un pergamino y lee en voz alta: "El edicto real proclama que regreses a tu lugar de origen, pasando por alto tus heridas y complejos. El REY ha dispuesto que te sientes a la mesa junto a los demás comensales, a partir del día de la fecha". Mefi Bosset ha vuelto a casa, a sentarse a la mesa real, donde las gorditas olvidan su peso y los de baja estatura se sienten gigantes; donde los tobillos cicatrizan y la caída sólo es un recuerdo del pasado.

#### Cicatrices que perduran

No podría terminar sin agregar algo fundamental que oí de un hombre de DIOS llamado Italo Frígoli: "las heridas sanan, pero no te avergüences de la cicatriz; recuerda que hay alguien que lleva cicatrices en sus manos y no se avergüenza de tenerlas". Todos los que estuvimos alguna vez en el Lodebar hemos sido restaurados en la mesa del REY, pero nos enojamos cuando regresan los recuerdos del cautiverio, nos molesta que DIOS no nos haya borrado de la mente el día en que alguien nos dejó caer. Ya no está en el corazón, aunque en ocasiones regresa a la mente.

He orado muchas veces respecto a este tema. Una noche, luego de una reunión que celebramos en Uruguay, El Espíritu Santo me mostró de manera clara que los Cristianos tenemos aproximadamente un año de "vida fértil", ese famoso tiempo del "primer amor", en el cual le predicamos a todo el mundo. Casi no podemos creer que DIOS nos haya rescatado de nuestro Lodebar, así que queremos hacer por otros lo que hicieron por nosotros, vamos en busca de los Mefi Bosset, de los otros paráliticos del alma. Luego de un tiempo, nos transformamos en religiosos y nos olvidamos de los quebrados. Los demás tullidos dejan de ser almas necesitadas del amor de DIOS y para transformarse simplemente en "los mundanos", y olvidamos que nosotros también una vez necesitamos de alguien que nos fuera a buscar.

Es que la mesa del REY es tan confortable, que se nos hace frágil la memoria. Por eso el cambio de clima evoca tu vieja herida. Ese recuerdo del pasado regresa por un instante para que recuerdes que mientras lees éstas líneas, hay otros que sueñan con volver al palacio a sentarse en la mesa. El deseo del REY es que nunca te sientas demasiado cómodo como para desistir de ir a buscarlo.